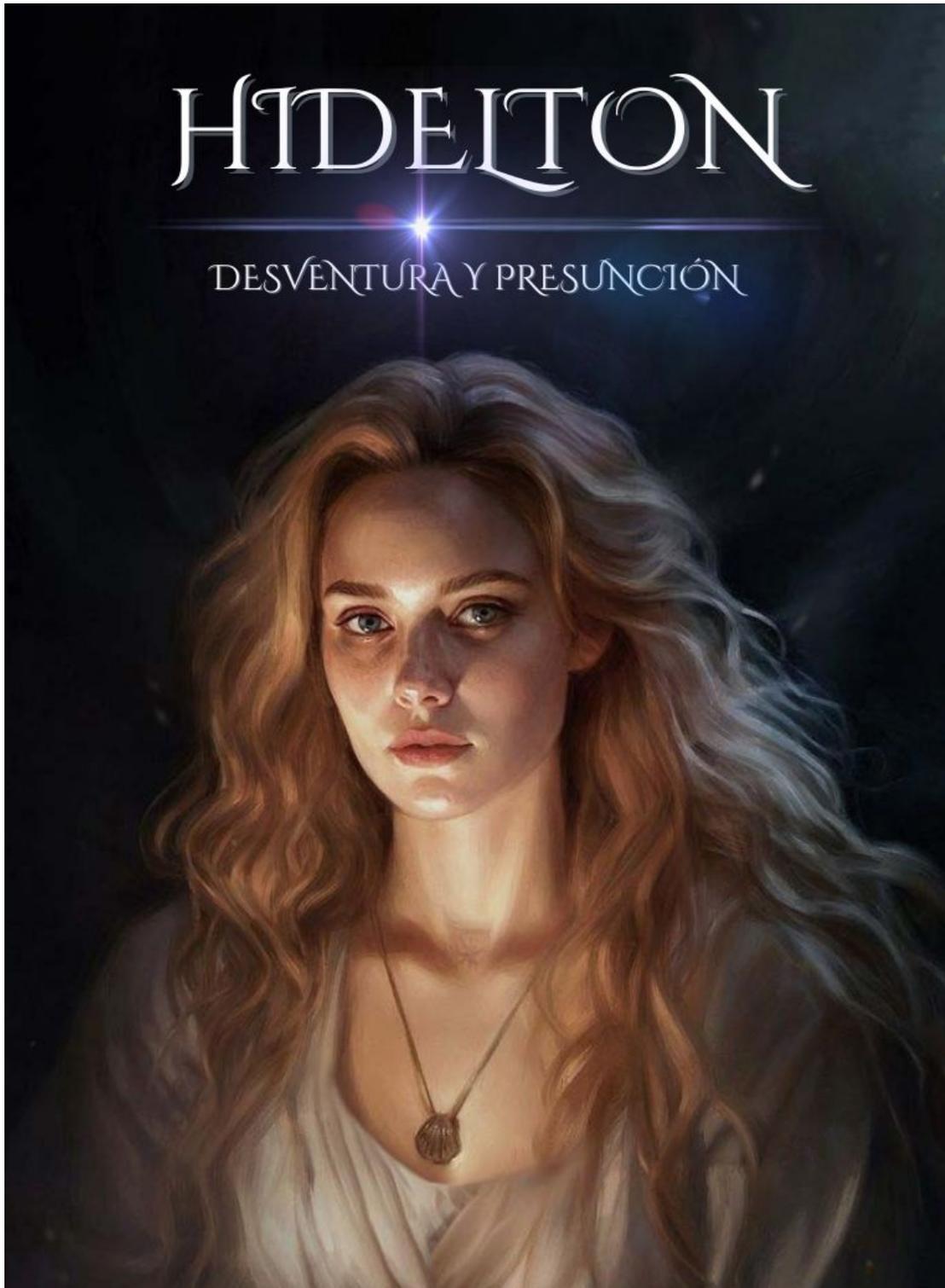


HIDELTON

Mareiry Espinosa



Capítulo 1



-Jane-

1.

—Tienes razón —dijo Steven—, las zapatillas blancas de tacón bajo son mejor.

—Ya lo sé —respondió Jane, mirándose sus pies caucásicos con aquellas zapatillas blancas, frente al espejo alargado de una habitación victoriana, de paredes blancas y relucientes bordes dorados—. Deberás informarle a Charlotte que no olvide su vuelta por la privada; el profesor Maxwell la espera.

—No entiendo la urgencia del profesor al citarla a tan tempranas horas de un lunes —dijo Steven mirando a través del ventanal de un marco pesado, junto a la espesa cortina azul.

—Te diré, querido hermano, que yo no sé más que tú, y por lo mismo, mi curiosidad pretende salir de ese cajoncillo donde yace guardada, contra mi íntegra actitud de no meter mis narices donde no me llaman, salvo de lo que se me ha asignado ser concedora, y nada más.

—¿Y el profesor Maxwell será quien la reciba? Eso no lo acabo de comprender. Como sea —continuaba Steven—, mi presencia por estos lados esta próxima a extinguirse. Partiré en tres noches, y nada habrá quedado en mí, más que un sinfín de chismes inconclusos dentro de un pueblo mendigo y con aires de grandeza, donde solo se esconde la pobreza y ocultan la pesadumbre de sus raíces míseras ante los airoso escándalos que son lo único bueno de este lugar.

—Hablas como si este no fuera el sitio que te vio crecer.

—¡Y qué vergüenza me da recordarlo!

—Eres tan guapo, Steven. Mírate, eres un adulto, cercano a los treinta, de porte aristocrático, llevas tu cabello castaño en una cola de caballo muy varonil y tu piel blanca no pudo resultar más que una bendición como lo es la mía, la de Charlotte y la de otros tantos de nuestra familia, y aún con todo eso, nada te dio la felicidad, ni siquiera la gracia.

—No vine a este mundo pretendiendo encontrar la felicidad o encontrar el confort en la comedia; menos, caí aquí a mi voluntad.

—Y por lo mismo fue que por tu voluntad te has ido, y solo vuelves cuando se te llama, al menos una vez por año.

—Deberás aprender a soltarme, querida hermana —dijo Steven dando media vuelta y caminó hacia la puerta—, deberás hacerlo si quieres que pronto le haga razón a Charlotte de su compromiso.

—Anda, vete ya —dijo Jane admirando su vestido en color hueso. Finalmente, Steven marchó hacia donde Charlotte, y Jane, descargó en un pesado suspiro, la desdicha de ser hermana de dos grandes desagradecidos con su ventajosa postura.

Steven informó a Charlotte de su invitación a tomar el té, y esta salió cuanto antes. Asistió con la misma curiosidad que llamaba a sus hermanos, puesto que aquella carta que arribó un día antes a su puerta resultó lo más inesperado de su vida. Pero siendo una mujer íntegra y de un gran carácter —según se reconocía sobre sí misma— ocultó los nervios e hizo presencia con la distinguida postura que se le enseñó para hacer reconocer su valor.

La recibió el profesor presentándose propiamente ante ella, sin sospechar un poco de las enredadas intenciones que momentos después, le haría

tomar un reaccionar esquivo, a toda costa.

—Buen día lady —comunicó cordialmente, y se reclinó indicándole cortésmente la entrada hacia el salón principal.

Charlotte accedió, curiosa, espulgando con la mirada cada rincón, y ocultando su asombro por la propiedad inmensa y un tanto similar a la de su familia —refiriéndose a los detalles que resaltaban la riqueza, como las costosas piezas—. Agradeció la invitación.

—Mi nombre es William Maxwell, y estaré encantado de contar con su presencia, cada día que me sea concedido para admirarla.

Charlotte, no pasando por alto el atractivo del profesor, y su gran porte, se limitó, apartando su vista del corte militar, y de los ojos olivos, a través de la mirada madura.

—Sus halagos resultan una sorpresa, profesor, le ofrezco mi agradecimiento.

—Por favor, llámame por mi nombre, William.

—Para mí es profesor, de ese modo le llamaré.

—Dime, Charlotte ¿te resulto un hombre atractivo? —preguntó intrigado el profesor, adentrándose al centro del salón.

—¿Por qué debería de resultarme atractivo? Apenas han pasado un par de minutos de conocerlo, y el atractivo de un alma, jamás ha radicado en el físico.

—Todo el mundo me conoce por aquí —dijo burlesco—, me sorprendería si me dijera que no hubo un minuto que mi imagen interfiriera en sus pensamientos.

—Puede ser que eso sucediera, y si lo ha sido, es por lo que se dice de usted, lo que no es algo favorable... —Charlotte miró al jardín principal a través del ventanal, evadiendo el contacto visual.

—Entiendo lo que comunica ¿Quiere decir que no sería merecedor de un beso suyo, nunca, en la vida?

—Usted lo ha dicho —confirmó Charlotte.

—¿Su resistencia es una forma de ponerme a prueba? —el profesor se acercó, y tomándola del hombro, la giró sutilmente, logrando el contacto visual.

—Jamás lo haría con esa intención, profesor —respondió resistiendo la mirada.

—Nadie se me había resistido, Charlotte, ¿por qué usted lo hace? Es que, ¿esa es su forma de enloquecer a un varón? Porque lo ha logrado. Béseme, Charlotte, hágalo y no me deje ir —y con esas palabras cubiertas de una extraña atracción, la pegó a su cuerpo.

—No puedo hacerlo profesor—y en forma de rechazo, ella se apartó con inmediatez.

—¿Por qué no puedes hacerlo? ¿cuál es el impedimento?

—Señor, yo he venido con una muy clara invitación para tomar el té con su hermana, no con la finalidad de verme envuelta en una encrucijada de tal magnitud. De saberlo, no hubiese venido.

—Es que, ¿Soy tan feo?

—¡En lo absoluto, señor! —expresó con vergüenza, tratando, a expensas de su valía, evitar la enemistad.

—Entonces, ¿Te gusto? —el profesor dio un paso hacia ella.

—No puedo responder a eso —Charlotte retrocedió.

—¡Charlotte! —exclamó Annie entrando al salón principal.

La rubia Charlotte giró hacia donde Annie, y hacia su lateral derecha, donde reposaba el hombre, farfulló:

—Huya de aquí señor William, huya antes de que su hermana se de cuenta de cuan grande es mi repudio hacia usted.

—¿Repudio? —cuestionó el profesor, y con el entrecejo fruncido, se dispuso a aproximarse, nuevamente, con su mirada sorpresiva, y el calor expidiendo de sus mejillas.

—¡Es un gusto que estés aquí para tomar el té, querida Charlotte!
—exclamó Annie, acercándose a quien pretendía, fuese su nueva mejor amiga, en tanto, el profesor no encontró otra excusa, más que lo dispensaran, pues su trabajo le requería.

Cuando las jóvenes se encontraron solas en el salón principal, la castaña, quien era hermana del profesor, con sus coloradas mejillas, dejó escapar en el cosquilleo de su inquietud, lo que sus ojos, momentos antes, habían

presenciado.

—¿William se ha atrevido a insinuar algo? —dijo Annie tomando asiento; el té, humeaba frente a ella.

Charlotte dio un par de pasos, situándose en el asiento próximo.

—¡Para nada! Ha sido muy servicial.

—No tienes que mentir, Charlotte, William suele ser así con cada una de mis amigas —el comentario ofuscó a Charlotte, y entonces, Annie continuó—, parece creer que su cargo atrae a cada una de las jóvenes de Hiderton, pero poco las conoce, claro, y menos sabría lo que piensa una mujer como tú...

—¿Una mujer como yo?

—Oh, lo siento, querida, pero ya lo sabes, no tienes que ocultarlo —comunicaba Annie con honestidad, y con un tono de voz libre de ser interpretado como ofensivo, más bien, de ser interpretado con base a un fin amigable—. No es un secreto que hasta que tu familia superó la pobreza, gracias a la herencia de tu bisabuela, comenzaron a obtener valor en el pueblo.

—¿Y eso tiene alguna relación con lo que has dicho anteriormente?

—Bueno, William poco sabe de las familias que han sufrido económicamente y que de la noche a la mañana se han vuelto afortunados; inclusive, yo recién me he animado a conocerte, porque temía que fueses algo, ya sabes... salvaje.

—¿Debería sentirme ofendida?

—Deberías, si es que fueras la misma, dime, ¿lo sigues siendo?

—Bueno, no lo sé...

—Y es por eso, por lo que esta invitación a tomar el té resulta perfecta, ¿te apetece un bocadillo?

—Me gustaría...

—¡Por cierto! —interrumpió Annie— lamento no haber invitado a Jane, pero, tan solo de verla, me asusta. Ella me asusta tanto como tu hermano Steven, pero lo de tu hermano lo entiendo, porque se parece demasiado al mío; resultaste la más agradable de conocer.

—Agradezco tus más sinceros comentarios.

—Bueno, volviendo al principio —dijo Annie colocando un bocadillo del centro en su pequeña bandeja junto al té—, como lo he dicho antes, no tomes en cuenta los comentarios que pueda hacer William, y mucho menos te atrevas a caer en su juego, porque siempre ha sido eso, absoluta diversión.

Capítulo 2



-Charlotte-

2.

—Charlotte es lo que todo hombre quiere —comentó Jane a su madre, sentadas en el comedor mientras comían unos aperitivos.

—No seas tonta, Jane; solo alguien inconforme consigo mismo y que poco reconoce sus méritos, hace ajenas sus propias inseguridades, la tuya, en este caso, resulta en no creerte lo suficientemente capaz como para conquistar a un hombre.

—¿Y qué si es así? nada puede provocarme para cambiar... nada me entregaría la fortuna para ser un poco como ella. Charlotte tiene valor, yo, por otro lado, finjo tenerlo.

—De nuevo, eres tonta; las personas no andan por ahí todo el tiempo cargando con un valor real. Normalmente se lo inventan, y eligen creer en ello. Tus hermanos lo han hecho, tú lo inventaste, pero temes practicarlo, y yo no estaré mucho tiempo en este mundo como para convencerte en

cada momento de superarte a ti misma.

Charlotte entró por la puerta principal y de inmediato captó la atención de su madre. Jane guardó silencio, mientras su madre se alzaba de la silla para recibir a su dulce y valiente Charlotte.

—¿Cómo te ha ido con el profesor? —cuestionó entusiasta.

—Es un patán, madre.

—Por Dios, Charlotte, ¡todos son patanes! La diferencia radica en saber elegirlos, hay algunos de gran magnitud y otros, no tanto...

—Pues el profesor William es un patán de gran magnitud. Se me ha insinuado como suele hacerlo constantemente, según Annie, provocando a cada mujer que recibe en su residencia —dijo Charlotte moviéndose por el comedor con aborrecimiento e indignación.

—¿Y has tenido el descaro de rechazarlo?

—Yo diría, madre, que más bien tuve el placer de hacerlo.

—Dios se apiade de mí, ¡tengo dos hijas muy tontas! Una que probablemente quede solterona y otra, que rechaza a uno de los mejores varones de Hiderton. De nada ha servido nuestro cambio de postura, cuando han conservado esas mentalidades tan mediocres. Mayor vergüenza sería, que optaran por elegir a un varón de nuestro viejo rango, entonces, absolutamente volveríamos a la ruina y seríamos la burla de todos.

—Trataré de hacerlo diferente, madre, trataré de enorgullecerte —comentó Jane con la mirada baja, desde su silla.

La señora madre salió de la habitación, y caminó hacia su alcoba con la esperanza de tranquilizar sus nervios y encontrar la calma a la desdicha. En ese momento, Jane entró en cuenta, que pese a tener un carácter firme ante sus hermanos, era, probablemente, tan débil como ellos.

—No tienes que alabarla todo el tiempo, como si ella fuera quien entregó la riqueza a esta familia.

—No lo habré hecho, pero al menos nos dio la vida, y eso basta.

—Tampoco es razón para hacerlo.

—Desearía que dejaras de interferir en mis deseos de a quien elijo para

ser leal.

—De tener un buen criterio, agradecerías a nuestro padre, al fin y al cabo, el también nos dio la vida —Charlotte salió del comedor y entonces, Jane se alzó de la silla, persiguiendo sus pasos hasta la habitación de su hermana.

—¿Por qué he de agradecerle a ese hombre? Si no ha hecho más que entregarnos desgracias. Por él, fuimos víctimas de burlas, por él, crecimos en la pobreza, ¡apenas y teníamos prendas para arropar nuestros cuerpos!

—¡Pero las teníamos! —exclamó Charlotte entrando a su habitación.

—¿Y eso qué, Charlotte? ¿la miseria es de aplaudirse? ¿deseas que esté conforme con nuestro pasado y que aplauda la carencia en la que nos sumergió? Él prometió darnos la mejor vida.

—¿Y no lo hizo? —cuestionó Charlotte, envuelta en sus más grandes diferencias con su hermana— Si no es así, Jane, dime, ¿tener riqueza qué te ha dado? Tendremos comodidades, pero confíesame, tú, que tan leal eres a ella, ¿te ha entregado la felicidad? Porque alcanzo a escuchar lo que hablas con mamá y no me parece que sea así. ¿Ya olvidaste nuestra niñez? ¡Nada importaba! Nada más que salir a correr a los brazos de papá, era nuestro héroe y mamá también, pero desde su ausencia, desde el momento de su muerte, has tomado un injusto odio hacia él. Tal vez no sea la riqueza, tal vez, al final de todo, tu odio provenga de tu alma reprimida y oscura.

—Jamás vuelvas a decir eso, Charlotte, porque no conoces ni un poco de mi alma, y yo, en cambio, estoy conociendo más acerca de la tuya.

—Lo que digas de mí, o de cualquiera, hablará más de ti que de mí misma, Jane, y en ese caso, de tus comentarios no tengo que preocuparme.

Y antes de que Jane partiera a su habitación, esta le recordó con gran ventaja, lo que momentos antes, Charlotte, había comunicado en el comedor a su madre:

—De ser así, lo que has dicho del profesor, no tiene más que referencias tuyas.

—No te atrevas, Jane... todo lo que he dicho no ha sido más que la verdad.

—Esa es tu verdad Charlotte, recuérdalo —dijo Jane sujetándose, victoriosa, del marco de la puerta—. Y si mi alma es lo que dices que es,

tal vez la tuya no sea tan diferente; tal vez podrías ser la pareja perfecta para el profesor.

Capítulo 3



-Annie-

3.

El que Jane le hiciera ver aquella verdad, llevó a Charlotte a una noche de insomnio a la luz de las pequeñas luces que iluminaban de forma cálida su habitación. Estas luces, llamaron a Steven a través de la puerta entreabierta, y la yaciente figura de su hermana, frente al papel y la plumilla en la mesa. Charlotte, sentada allí, con desaliento, le hizo bajar la guardia y Steven pretendió encontrar el motivo de su desvelo.

—¿Te ha caído mal la cena? —comentó con perspicacia, llevando sus manos a la parte baja de sus espaldas.

—Me ha caído mal aquella verdad que Jane arrojó de mí luego de volver de mi reunión.

—¿Ha dicho algo que te haga dudar?

Charlotte contestó otorgando un largo silencio, entonces, Steven comentó tomando asiento al borde de la cama:

—Bueno, lo entiendo, Jane no sería Jane si no hace que alguien cuestione su propio criterio.

—Nadie suele hacerme dudar de mi criterio, considero que tengo un criterio muy apropiado, pero de pronto, lo que ella dice, mi juicio... se nubla.

—Cuando la bruma reposa en la cabeza de alguien, normalmente llevan consigo a quienes les rodean; por más que Jane diga o haga lo que le plazca, con el fin de extendernos sus tormentos, no lo conseguirá si no lo permitimos.

—Me consume, todo el tiempo, me consume porque somos sangre, y somos pedazos de las mismas carnes... esta aflicción... —Charlotte alzó la mirada hacia su hermano— ¿crees que mi alma es oscura y reprimida?

—Creo que cada cual es libre de clasificar a su propia alma, y nadie debe ser capaz de inquirir términos de ellas. Pero en vista de que eso no suele ser así, te sugiero que no tomes importancia acerca de lo que otros dicen de ti.

—¿Y qué hay de lo que yo digo de otros? ¿Eso debería importarme?

—Debería, si es que eso expone algo de ti, más que del otro.

—¿Incluso si es respecto al profesor William?

—¿Qué hay con el profesor? ¿ha sucedido algo de lo que deba darme por enterado?

—No hermano, nada sucede. Temo que estoy muy agotada y debería descansar pronto —Charlotte tomó el papel y levantándose del asiento, meneó su figura por la habitación, deslizando su vestido como algodón flotante, hacia la cajonera de pino —. Tú también debes descansar ¿no es así? debes encontrar el modo de sobrevivir a este infierno por los próximos dos días.

Steven afirmó con su cabeza y deseando las buenas noches a su hermana, se apartó de la habitación. El aspecto de Charlotte, ese que denotaba inquietud y la represión de sus más grandes pesares, llevó a Steven al desengaño, especialmente, de aquel papel que con tanta cautela guardó en su cajón, tanta como una intimidad cual no podría atreverse a quebrantar, si es que sintiera que, no podría ser de ayuda.

La mañana siguiente, se aproximó a la habitación de Charlotte, alistado con su traje azul y sus puños abotonados, su coleta de caballo y en el rostro, ese aspecto duro, emblandeciendo como borrego la mirada que solo se doblegaba ante las angustias de sus más queridos. Llamando a su hermana y sin una respuesta de ella, accedió, y con la mayor cautela, mientras bailaba sus ojos por la habitación, caminó hacia el mueble, y estiró el primer cajón de la agarradera, hurtando así, por unos momentos, lo que su hermana tintó con su excepcional precisión, la noche anterior:

“Mi corazón arde.

Me vi expuesta como un pedazo de carne ante la bestia más abominable de Hidelton.

Fui parte de un juego, ese turbio y retorcido juego de Jane.

En su presencia desaparezco, en su presencia no soy más que una tonta y desgraciada que ama fantasmas, pero que también, carga un alma en semejanza al mismo diablo.

Mi existencia llena de dudas, mi alma, inservible... no soy nada”.

.....

Aquella comparación «un alma en semejanza al mismo diablo» hizo a Steven una mayor revelación. El martirio, el castigo, la lucha eterna, la rivalidad... eso no pudo ser más que un producto del mismísimo William. «El diablo» es como le llamaban; William era poderoso y también uno de los varones más intocables de Hidelton, sin embargo, nadie atrevía a enfrentar su volátil temperamento y a pasar por encima del poder que no poseían. Los Crompton eran diferentes y Steven le haría ver su error.

Steven salió a la brevedad hasta la residencia privada, y una vez encontrándose fuera de su puerta, fue sorprendido con la pronta respuesta que Annie le otorgó, esta, antes de que se dispusiera a golpetear un par de veces.

—Buen día, lady —comunicó Steven, manteniendo la compostura ante su asombro, y evitando su repentino interés por aquellas mejillas rosadas y los ojos color miel —. No es de mi agrado el interponerme ante sus

rutinarias actividades, pero mi intromisión no pretende más que conservar la integridad de mi hermana, esto, referente a las incesantes insinuaciones que su hermano expresó hacia ella, el día de ayer, ¿sabrá algo al respecto?

—Debía suponer que tan pronto se enterase, encontraría el modo de hacer presencia en esta residencia. Adelante —dijo Annie danzando hasta el salón principal.

—La situación lo amerita, lady —continuó Steven persiguiendo los pasos—. Desearía que le comunicara con inmediatez a su hermano William la solicitud que hago a su presencia.

—William no se encuentra —contestó Annie dándole las espaldas y mirando hacia el enorme cuadro de flores rosas pintadas, que colgaba en la pared del frente. Después, giró su cabeza por encima del hombro, y dijo —pero podría hacerle llegar su comunicado.

—Estaré agradecido eternamente por ello.

Annie devolvió la mirada al cuadro y añadió:

—Pero ¿qué podría hacer usted por mí?

—Dispense mi confusión. No la comprendo —comunicó Steven avanzando un par de pasos.

—Eso mismo, señor. ¿Por qué debería hacerle favores a un extraño? A alguien de quien desconozco su temperamento, sus intenciones... alguien totalmente ajeno a mi familia. ¿Qué le haría tan especial para otorgarle ese mérito por encima de los de mi sangre?

—Tal vez usted jamás haya sido víctima de engaños, lady, porque usted es bonita, amable... y, principalmente, porque es hermana del profesor. Asumo que debe ser duro.

—¿El ser hermana del profesor?

—El no tener el privilegio de sentir el sufrimiento puro proveniente de desplantes genuinos y no fraguados por el temible diablo; o de la riqueza sentimental de todo ser que desea el amor y correspondencia.

—Vaya con calma, Crompton —dijo Annie mirando al suelo con pesar, y después de unos segundos, volvió a lanzar la mirada por encima del hombro, culminando entre una amigable sonrisa—, le haré llegar a mi hermano su mensaje. Estimo a Charlotte, y nunca permitiré que eso vuelva a suceder; no cuando ella es mi última esperanza de ser comprendida. Asumo que no necesitará que lo encamine a la puerta; a fin

de cuentas, nunca se atrevió siquiera a atravesar el marco hacia el salón, como la mayoría...

Annie se retiró hacia las escaleras, camino a su habitación. Steven, con un nudo en la garganta, desapareció sigiloso, sin la intención de volver a aquel lugar envuelto en desaliento.